

## \* ALEGRÍA

Avanza el tiempo de Adviento. Hemos superado su ecuador y llegamos al domingo tercero. Este domingo ha sido llamado tradicionalmente *Gaudete* («alegraos») ya que la alegría es uno de sus rasgos característicos. *Estad alegres en el Señor* leemos en la antífona de entrada. *Me alegro con mi Dios* afirmará Isaías en la primera lectura y repetiremos como respuesta al salmo. *Estad siempre alegres* porque el Señor *cumplirá sus promesas* escucharemos en la segunda lectura. La celebración eucarística de este domingo debe, por tanto, evocarnos esta esperanzada alegría: por medio de los cantos, por el contenido de las moniciones y de la homilía, por la ambientación (adornos, flores, carteles...), por el color rosa de las vestiduras litúrgicas (en contraposición al color morado de los días precedentes)...

La alegría, en el Adviento, está motivada por la venida del Señor: la que tendrá lugar al final de los tiempos, la que aconteció en Belén y la que se da cada día.

*Alegría por el Señor que vendrá*

La primera razón de nuestra alegría es el cumplimiento de la promesa de Jesús: él volverá al final de los tiempos para dar la plenitud a su reino, para *dar la buena noticia a los que sufren, vendar los corazones desgarrados, proclamar la amnistía a los cautivos* (1ª lectura). Es la alegría que brota de la esperanza en que nuestra débil y frágil naturaleza será transformada.

*Alegría por el Señor que vino*

El fundamento de nuestra esperanza en que esta venida del Señor acontecerá y que esta transformación se hará realidad tiene su fundamento en la encarnación: el Señor ya vino, se hizo hombre y comenzó a cambiar el mundo a su propia imagen. Su venida en la historia es el comienzo de la plenitud que se nos dará tras su venida en gloria. El recuerdo de este acontecimiento es motivo suficiente para nuestra alegría.

*Alegría por el Señor que viene*

Alegrémonos también porque el Señor viene, además, cada día. La alegría no puede mantenerse viva en el recuerdo de un acontecimiento del pasado, como la primera venida, y alimentarse simplemente en la esperanza de un

acontecimiento que sucederá, como la venida definitiva. La alegría permanece viva en nosotros porque somos capaces de sentir la presencia, el Adviento continuo del Señor. El Señor viene en la eucaristía: se hace presente en medio de nosotros por medio de su Palabra, viene en el pan y en el vino que son transformados en su Cuerpo y su Sangre. Si la Palabra de Dios penetra en las profundidades de nuestra alma, si el Cuerpo y la Sangre del Señor alimentan nuestra fe y van transformando nuestra vida, Cristo está viniendo a nuestras vidas y hace morada en nosotros cristificando nuestro ser.

## \* MENSAJEROS

La liturgia de la palabra de este domingo nos presenta al profeta Isaías (1ª lectura) y a Juan Bautista (evangelio) como mensajeros que anuncian al pueblo la llegada del Mesías. Ambos personajes llaman la atención del pueblo para que no se despiste y descubra al Señor que va a irrumpir en la tierra.

También nosotros debemos estar atentos para escuchar a los “Isaías” y “Juanes Bautista” que surgen entre nosotros. Aquellos que en nuestro tiempo son mensajeros del Señor que nos invitan a descubrir a Dios vivo y actuando entre nosotros.

Y tampoco podemos olvidar que quizá nosotros, cada cristiano, puede ser mensajero de Dios en su entorno (familia, amigos, trabajo...) y anunciar que el Mesías vino, viene y vendrá. Un anuncio que puede hacerse por medio de palabras, de forma explícita, o por medio de las obras: “Una imagen vale más que mil palabras”, dice el refrán. Las obras además manifiestan cómo el Señor está actuando en el “mensajero” e invitan a aquellos que se cruzan con él a acoger a ese Señor para sentir también ellos sus vidas transformadas.

□ JOSÉ ANTONIO GOÑI